

CATALUÑA

Cuando la culpa siempre es de otro

MILAGROS PÉREZ OLIVA

El Gobierno catalán responsabiliza ahora a la ciudadanía de los rebrotes que no ha sabido controlar. La rapidez con la que levantó las restricciones en la desescalada han contribuido al exceso de confianza

Tres o cuatro semanas de gestión propia y estamos peor que el resto de España". Lo ha dicho Benito Almirante, jefe del servicio de Enfermedades Infecciosas de Vall d'Hebron. Esta valoración expresa un sentir muy general entre los profesionales de la salud pública, que observan con estupor la dificultad que tiene la Generalitat para transmitir autoridad y solvencia en la lucha contra la pandemia. Está claro que tanto en la gestión del brote del Lleida como en el de la Tarrasa se ha actuado tarde. En el caso de Lleida, el riesgo de rebrote era evidente desde el momento en que se supo que había tres comarcas aragonesas limítrofes con brotes vinculados a un tipo de industria y trabajo temporal idénticos a los que hay en el Segrià. Y el barrio de la Tarrasa entró en la parte roja de la estadística de riesgo doce días antes de que se adoptaran medidas.

La consejera Alba Vergés pone voluntad y empeño, pero es evidente que el Gobierno catalán no ha sabido transmitir ni la autoridad ni la confianza necesarias, lo cual es grave después de haberse pasado semanas criticando las decisiones del Gobierno central, la administración que en ese momento tenía la responsabilidad de la lucha contra la pandemia. Pese a la retórica encendida con que la portavoz Meritxell Budó y el consejero Miquel Buch criticaban las decisiones del "Gobierno de España" para minar su credibilidad, en realidad la Generalitat no dejó de tener nunca el mando de la gestión directa de la respuesta sanitaria y social. Lo único que no tenía era la responsabilidad de las decisiones que afectaran a derechos fundamentales. Pero sobre todo no dejó de tener nunca la responsabilidad y la capacidad de prepararse para la fase de la desescalada.

Han pasado solo unas semanas y ahora es el Govern de la Generalitat el que recibe críticas, especialmente desde el ámbito sanitario, por una gestión que muchos consi-



Miquel Buch, Meritxell Budó y Alba Vergés en una rueda de prensa. / MARTA PÉREZ (EFE)

En una crisis como esta, es vital generar confianza y eso depende de la capacidad para comunicar bien las decisiones

Ha tenido cuatro meses para desplegar los dispositivos de rastreo, pero cuando han sido necesarios no estaban a punto

deran errática, tardía y poco transparente. Y lo más sorprendente es que la reacción ante estas críticas haya sido un nuevo intento de responsabilizar a otros de lo que ocurre. Si antes culpaba al Gobierno central, ahora culpa a la ciudadanía. Es cierto que en las últimas semanas se ha producido un relajamiento en las medidas de distancia y seguridad, pero también en esto tiene parte de responsabilidad el propio Gobierno catalán, por las manifestadas contradicciones en las que ha incurrido.

En una crisis como esta, es vital generar confianza y esta depende de la capacidad para comunicar bien las decisiones que se toman. Pero para comunicar bien hay que tener las ideas claras y saber hacia dónde se quiere ir. Difícilmente se puede comunicar claridad donde hay oscuridad. Después de exigir medidas de confinamiento más duras y de criticar el sistema de fases im-

puesto en la desescalada, en cuanto recuperó el control la Generalitat se apresuró a levantar las restricciones. En las dos zonas donde ahora hay rebrotes graves la fase tres no duró ni 24 horas. Eso contribuyó al exceso de confianza que ahora se vuelve contra todos como un bumerán.

Los expertos habían insistido en que, para evitar rebrotes, era vital desplegar un sistema de vigilancia epidemiológica que permitiera controlar los nuevos casos y sus contactos y frenar así la cadena de contagios. Ha tenido más de cuatro meses para desplegar estos dispositivos, pero cuando han sido necesarios, no estaban a punto. Que ahora alegue problemas burocráticos para contratar resulta más bien patético. En realidad, es imprevisión. Hasta mitad de julio, cuando la situación ya se había descontrolado en Lleida y Barcelona, Vergés no anunció la incorporación de 500 agentes de salud más. Si aplicara los criterios de Alemania, debería contratar a cerca de 2.000. Nueva York, con 8 millones de habitantes, estimó necesario un dispositivo de 16.000 agentes para los rastreos.

La actual situación demuestra que no se ha sabido aprovechar la ventaja lograda en los meses de confinamiento. El virus dejó de circular, pero para evitar rebrotes era preciso aplicar una política proactiva. En lugar de esperar a que aparezcan los nuevos casos, hay que ir a buscarlos. Ahora sabemos que 70% de las personas que dan positivo en las pruebas PCR son asintomáticas. Eso significa que pueden haber estado contagiando hasta cinco días antes del resultado. La rapidez en la búsqueda es crucial. Hasta ahora se sigue a un promedio de cuatro contactos por cada positivo, cuando deberían ser por lo menos diez. En el caso de L'Hospitalet, el factor de reproducción del virus ha escalado hasta situarse en dos contagios por cada infectado nuevo. Con esta progresión, es difícil que pueda contenerse sin un confinamiento severo.

JOSÉ AUGUSTO GARCÍA NAVARRO

De la ignorancia a la imprudencia

Podemos empeorar mucho el impacto de la epidemia del coronavirus en las personas mayores que viven en residencias si no empezamos a aplicar un poco más el sentido común y mucha prudencia.

Hace unos días me explicaban una experiencia de desescalada. Una mujer fue a visitar a un familiar a una residencia de mayores y cumplió estrictamente todos los requisitos marcados por salud pública: tuvo que reservar cita previa, al llegar se lavó las manos con desinfectante de forma casi obsesiva, se puso una mascarilla nueva y, finalmente, pudo ver a su familiar. Llevaba muchas semanas sin poder visitarle y estaba ansiosa.

Por fin lo pudo ver. Eso sí, a dos metros de separación y con una mampara de metacrilato de por medio. Y solo durante 30 minutos. Hay que cumplir estrictamente los protocolos de salud pública, pensó.

Y disfrutaron cada uno de los 30 minutos. Y estuvieron muy juntos a pesar de que les separaban dos metros, una pantalla de metacrilato y la terrible tensión de que el reloj avanza y 30 minutos son muy cortos y que una visita cada semana es una eternidad. Es terrible mezclar la inquietud y premura de 30 minutos con la pesada y espesa eternidad de la espera para una visita semanal.

Al agotar los 30 minutos de visita y salir de la residencia, que está en una ciudad marítima con imponentes playas, esta mujer se fue a dar un paseo. Un paseo por la playa, que está a una manzana de la residencia donde vive su familiar.

Y lo que se encontró es que los bares y terrazas y la playa misma estaban llenas de gente. Allí no había cita previa, ni distancia de dos metros, ni mascarilla, ni pantallas de metacrilato... Y mucho menos estancias de 30 minutos semanales. Cuando me comentó su inquietud estaba

mucho más preocupada por lo que había visto en la playa que por lo que había vivido en la residencia. La verdad es que me impactó su testimonio.

Se nos ha olvidado muy pronto que este virus aprovecha todas las oportunidades. Hace unos meses se aprovechó de nuestra ignorancia y se propagó entre todas las personas, golpeando especialmente a las que viven en residencias de mayores. Ahora se aprovecha de nuestra imprudencia para propagarse entre las personas que viven normalmente en la comunidad. De la ignorancia hemos pasado a la imprudencia.

Es cierto que para preservar la salud de las personas mayores es muy importante que no tengan una infección, pero tanto o más lo es que puedan realizar ejercicio físico, que puedan relacionarse socialmente, que puedan tener estímulos intelectuales y emocionales y sentirse en un entorno protector y amable. Y es necesario que haya visitas de familiares y salidas al exterior.

Un envejecimiento activo y saludable se consigue con una dieta mediterránea, con ejercicio físico y con unas relaciones sociales ricas y variadas. Y esto también es salud pública. Salud pública con mayúsculas.

Pero hasta que controlemos al coronavirus, ahora que lo vamos conociendo más, necesitamos mucho sentido común. Es muy importante que el virus no se propague en la comunidad y pase de nuevo a las residencias de mayores. Hay que elegir con acierto los límites y balancear cuando las medidas de protección pueden suponer un riesgo mayor que la desescalada.

Más sentido común y más prudencia. Dos elementos imprescindibles en la lucha contra el coronavirus en este momento.

Al llegar a casa después de la visita, satisfecha por haber estado 30 minutos con su familiar e inquieta por el espectáculo de la playa, miró las noticias de varios canales de televisión y las posturas y discusiones de los grupos políticos, ahora hablando de desescaladas y rebrotes. Y pensó que definitivamente ahora necesitamos más sentido común y más prudencia. O de lo contrario, no venceremos al coronavirus.

José Augusto García Navarro. Director general del Consorci de Salut i Social de Catalunya (CSC) y presidente de la Sociedad Española de Geriatría y Gerontología (SEGG)